

CONVERSACION CUARTA.

Fel. Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

Vic. Sí las tengo: el establecimiento y propagacion de ella es uno de los fundamentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las actas, y las epístolas del nuevo testamento, y veremos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, cuando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalem. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judea y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Grecia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Éfeso, Antioquía, Isla de Creta,

Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. Á mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Irineo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Ilberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á principios del siglo tercero, prueba contra los judios, que el reyno espiritual de Jesucristo era de mas estension que el de Nabucodonosor, de Alejandro, y de los romanos. S. Atanacio en el siglo cuarto, en una epístola sinodal hace mencion de las iglesias de la Inglaterra, de Dalmacia, de Mysia, de Macedonia, de Cerdeña, de la África, y de otras muchas: y en fin, los treinta Concilios que en los tres primeros siglos de la Iglesia se formaron en provincias muy distantes unas de otras, y se compusieron de multitud de obispos, y el de Nicea en el siglo cuarto de 318, dan

una idea bien clara de los rápidos progresos y estension del cristianismo.

Fel. Estas noticias para mí son sospechosas, porque son comunicadas por autores cristianos, que al fin son apasionados.

Vic. Parte de estas noticias constan por las epístolas que los apóstoles escribían á las iglesias establecidas; y es claro que no habían de dirigir cartas á iglesias que no existían: y parte consta por las apologías que los doctores cristianos hacían de su religion contra los enemigos de ella, para quienes los hechos eran tan notorios que no se atrevieron á negarlos; pero no quiero acumular razones, pues solo me basta manifestar que es una verdad esta tan cierta, que en ella convienen los autores gentiles con los cristianos.

Tácito á los treinta años de la muerte de Jesucristo, dice, que había en Roma una gran multitud de cristianos. En el mismo tiempo Séneca se irritaba de los progresos que hacían en el mundo las costumbres de los cristianos: "Los vencidos, dice, han dado la ley á los vencedores." Plinio el menor, pro-cónsul de Bitinia, escri-

biendo al emperador Trajano á fines del siglo primero, dice: "que las ciudades y los campos de aquella provincia estaban llenos de cristianos de todos rangos y edades, y de ambos sexos." Luciano en el siglo segundo asegura: que en el Ponto, su patria, era muy grande el número de los cristianos. Dion Casio al principio del siglo tercero, confiesa: que el cristianismo era mas fuerte que las leyes que lo prohibían, y que cada dia hacía nuevos progresos. Plutarco, Estrabon, Lucano y Juvenal, se lamentan del silencio de los oráculos cuando el cristianismo se iba estendiendo. Porfirio se queja de la falta de proteccion de sus dioses, desde que se empezó á adorar á Jesucristo. Y en fin, los mismos incrédulos se ven obligados á confesar, que ántes de la conversion del emperador Constantino, el evangelio estaba propagado mucho mas allá de los límites del imperio romano, hasta las demas regiones del mundo conocido. Finalmente, la idolatría que era la religion dominante en todo el universo, fué decayendo velozmente, á proporcion que se estendía el cristianismo.

Fel. La religion cristiana en su principio halló acogida solamente entre la gente de la ínfima plebe, que por lo comun es ignorante y muy crédula, y así no prueba la verdad del cristianismo su propagacion.

Vic. Esta objecion, que es una de las principales de los incrédulos, prueba bastante su ignorancia en los hechos históricos. Entre los discípulos de Jesucristo nombra el evangelio á Nicodemus, príncipe de los judios: á José de Arimatea, noble decurion, y como dice el testo griego, noble senador: á Jairo, príncipe de la Sinagoga: á Zaqueo, hombre rico, y gefe de los publicanos ó exactores de tributos: y á otros muchos de un rango distinguido. El libro de los hechos apostólicos, dice: que abrazaron la ley de Jesucristo un gran número de sacerdotes de los judios, y aun muchos fariseos. Lo mismo hicieron muchos personages respetables, como Cornelio el centurion, el eunuco de la reina de Caudaces, el pro-cónsul Paulo, y Dionisio que era de los principales del Arcópagó de Atenas.

El cónsul Fabio Clemente, y Domitila su esposa, que murieron mártires por Cristo, eran parientes del emperador Domiciano. Plinio gentil, dice, que en Bitinia habia cristianos de todas clases y condiciones: y el emperador Valeriano en uno de sus rescriptos espresa: que habian abrazado el cristianismo senadores y mugeres de la primera nobleza. Finalmente, son una prueba evidentísima de que la Iglesia en sus principios no estaba compuesta de solos hombres plebeyos é ignorantes, los monumentos de sabiduría que nos han quedado de los dos primeros siglos; tales son las cartas de S. Clemente romano, de S. Ignacio, y de S. Policarpo: los escritos de Hermas, de S. Justino, de S. Irineo, de Atenágoras, y aun pueden contarse los del sapientísimo Tertuliano, que floreció al fin del siglo segundo y principios del tercero; sin hablar de Cuadrato, de Arístides, de Meliton, y de otros muchísimos cuyas obras se han perdido.

Fel. La religion de Mahoma se propagó en poco tiempo en casi toda el Asia, en la mayor parte de la África, y en mucha parte de la Europa; y con todo esta

religion es falsa: luego la propagacion y rápidos progresos del cristianismo, no prueban su verdad.

Vic. Los que forman este argumento, ó carecen de las noticias de la historia, ó de los principios de discurrir, ó se resuelven á cometer una enorme injusticia. Ninguna comparacion puede haber entre la propagacion del mahometismo, y la de la religion cristiana: Mahoma era un impostor que no autorizó su doctrina ni con milagros, ni con señal alguna con que manifestase que venia de parte de Dios. Él era astuto, valiente y atrevido, que condujo por todas partes un ejército victorioso: su secta es un conjunto de fábulas ridículas, de absurdos y de contradicciones, y que abre la puerta á la ambicion y á los deleites mas groseros, con la poligamia, y con su paraíso fabuloso y carnal. Él mismo dijo en su libro monstruoso llamado Alcoran: "yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas." Sus mismos partidarios se ven obligados á confesar sus violencias, sus estragos, sus injusticias, y la libertad escandalo-

sa que concedia á sus primeros discípulos para todos los vicios y desórdenes. Avicena y Aberroes, los dos mas doctos de la morisma, aseguraron francamente en sus libros, que Mahoma habia enseñado la bienaventuranza de los cuerpos, no la de las almas: que habia amado la de los brutos, y que su ley no era para hombres, sino para puercos. Diré en compendio: Mahoma introdujo y propagó su religion con la punta de la espada, y con la licencia para los placeres carnales.

Voy á hablarte ahora de los medios con que se introdujo y se estendió el cristianismo, para que veas la infinita diferencia que hay entre su propagacion y la del mahometismo, y para que palpando tú con evidencia la imposibilidad de lograr una empresa tan alta con medios tan improporcionados, te convenzas de que en el establecimiento y propagacion de la religion cristiana, intervino la operacion de una mano omnipotente.

Comencémos por los predicadores de esta religion. Estos son doce pescadores del lago de Tiberiada, que no habian fre-

cuentado las aulas de la sabiduría, ni estudiado alguna ciencia. Eran hombres plebeyos, pobres, desarmados, sin protección ni favor de los sabios, de los ricos, ni de los potentados del mundo. El único que les servía de apoyo era su maestro; pero este acababa de terminar su vida en un suplicio. ¿Juzgarías que estos sujetos fueran idóneos para un proyecto de alguna consideración? Pues ellos concluyeron felizmente la empresa mas asombrosa que han visto y verán jamás los mortales: tal fué la de desarraigar y extinguir supersticiones ciegas, arruinar templos, altares é ídolos de que estaba llena toda la tierra; esterminar la idolatría, que estaba dominante por la serie de muchos siglos; arreglar costumbres muy corrompidas, y mudar enteramente el semblante del universo, substituyendo al imperio de la carne y de las pasiones, una monarquía del todo espiritual, y desconocida hasta aquella época.

¿Pero podrá atribuirse el establecimiento del cristianismo á la buena disposición de los pueblos á quienes se le anunciaba? De ninguna manera. Los judíos jamas es-

tuvieron mas adheridos á la ley de Moyses, que en el tiempo de la predicación de los apóstoles; segun consta por el nuevo testamento y la historia de Josefo de Jerusalem. Es tambien muy cierto, que los judíos miraban el culto cristiano como incompatible con el de Moyses; tanto, que este fué el pretesto de que se valieron para perseguir y crucificar á Jesus. Á los apóstoles tampoco se les culpaba de otro delito que de querer abolir la antigua religion.

Respecto de los gentiles tampoco halló el cristianismo buena disposición. Esta era una religion que habia nacido en un pais despreciado por las naciones ilustradas: proscripta en el mismo lugar de su origen: difamada por el suplicio de su fundador: austera en sus preceptos, é incomprendible en sus dogmas: predicada por hombres al parecer despreciables, y que ofrecia á sus sectarios por objeto de su adoración y modelo de su conducta á un Dios que habia espirado en un patíbulo cubierto de oprobio y de ignominia.

Con estas calidades ¿encontraría esta religion disposición favorable entre los ju-

dios sus enemigos acérrimos? ¿Entre los griegos tan orgullosos y envanecidos con su filosofía, ó entre los romanos, que creían deber á sus dioses la posesion del imperio del universo?

Fel. En el tiempo que comenzó á predicarse la religion cristiana, ya estaba desacreditada la idolatría, tanto, que los filósofos, los oradores, y los poetas se burlaban de ella públicamente: y así no es extraño que los espíritus débiles que no pueden vivir sin alguna religion, abrazasen el cristianismo.

Vic. La idolatría en aquel tiempo era la religion del imperio romano: las fiestas, los pontífices, y las ceremonias del culto, eran parte del gobierno público. Estaban en todo su vigor, las leyes que bajo de las penas mas severas prohibian la introduccion de nuevos cultos, y la prueba decisiva es, que los emperadores espedian edictos contra los cristianos, mandándolos perseguir y esterminar con los tormentos mas crueles é inauditos: y las autoridades públicas se empeñaban furiosamente en el cumplimiento de estos mandatos. La gente po-

pular, que era imponderablemente mas numerosa, no estaba desengañada de la falsedad de la idolatría, y antes bien estaba tenazmente adherida á ella; y si algunos sábios se habian convencido de esta falsedad, otros muchísimos estaban imbuidos en las supersticiones del gentilismo, de que se declararon defensores, y enemigos capitales del evangelio, como Celso, Porfirio, Jámblico, Lebanio, y el emperador Juliano.

Pero en el caso de que los gentiles hubieran abandonado la idolatría por propio convencimiento de su falsedad, se habrian precipitado en el ateismo, negando la existencia de la divinidad. Y si por debilidad de espíritu hubieran querido vivir en alguna religion, se habrian fraguado otra que lisongeara sus pasiones, por la inclinacion que tiene el hombre á solicitar ansiosamente la amplitud de su libertad; pero de ninguna manera hubieran abrazado por puro capricho el cristianismo: porque este declara una guerra rigurosa é incesante á todo lo que pueda halagar las pasiones: manda la mortificacion de los sentidos del cuerpo, y de las potencias del alma: or-

dena imperiosamente al hombre que se renuncie á sí mismo: que ame las humillaciones: y que viva crucificado con todos sus actos y sus deseos. ¿Es creíble que esta religion tan rígida, y tan austera en sus preceptos, cuyos misterios son tan incomprendibles por su alteza y su oscuridad, la admitieran los hombres por mero antojo, en lugar del paganismo que daba la licencia mas desenfrenada para todos los vicios, y para el desahogo de todas las pasiones, y que permitia á sus sectarios el orgullo y la vanidad por su sabiduría terrenal? Esto es enteramente increíble.

Fel. Los sábios y los filósofos gentiles dieron reglas muy útiles y muy proporcionadas para la buena conducta y direccion de la vida de los hombres, y las historias hacen relacion de muchos paganos tan virtuosos, que han sido el objeto de la admiracion y de los elogios aun de los mismos cristianos. Luego no reinaba tan generalmente la corrupcion de las costumbres en el gentilismo.

Vic. Esos sábios y esos filósofos, aunque respetables por la estension de sus co-

nocimientos y de sus luces en muchas materias, no llegaron á conocer el origen de la corrupcion del corazon humano: y de ahí es, que no supieron aplicar los medicamentos eficaces para curar las enfermedades del espíritu. Se dividieron entre sí en establecer la bienaventuranza del hombre. Unos la hacian consistir en los placeres, otros en las riquezas, otros en los honores, y otros en otras cosas que servian para engañar mas á los hombres y estraviarlos mas del camino de la verdadera felicidad. Es cierto que ellos hablaron de máximas saludables de moral: parte que trajeron su origen de la verdadera religion, que fué la primitiva del mundo, y fueron trasmitiéndose de padres á hijos por el órgano de la tradicion: parte que es de presumir fundadamente aprendieron de los libros y de la comunicacion de los judios, á quienes el mismo Dios les enseñó: y parte que les dictaba la razon natural, cuyas luces no se habrían estinguido enteramente en ellos. Pero nunca formaron un cuerpo completo de reglas de moral; y ántes bien, los mas sábios dieron en el precipicio de los errores mas groseros.

Sócrates, reputado por el maestro de las virtudes, asentó: que las mugeres propias fuesen comunes á todos: regla que siguieron Caton honra de Roma, y Platon cráculo de la Grecia. Licurgo aprobó á los espartanos cualquiera hurto, aun el mas dañoso, con tal que se ejecutase con artificio y con secreto. Solon permitió á los atenienses libres, y no á los esclavos, la lascivia mas nefanda. El gran filósofo Aristóteles enseñó: que las madres en caso de pobreza deben procurar el aborto, y abandonar á los hijos que nacieron defectuosos. Séneca, que escribió máximas admirables de moral, celebró con mucha facundia el furor con que el hombre despechado se da la muerte á sí mismo por no sufrir las adversidades de la vida. Finalmente, Salustio, Tácito, Julio, Plinio, y otros que han sido tenidos por prodigios de sabiduría, alabaron la persecucion de los enemigos, la venganza de las injurias, y la ambicion de la gloria mundana.

De esta primera respuesta á tu argumento, se deduce claramente la segunda. Porque si los mas sábios de los gentiles no dictaron

un conjunto de reglas capaces de formar un corazon perfectamente virtuoso; y antes bien, establecieron muchas máximas falsas, erróneas, perniciosas y detestables: es un absurdo creer que en el paganismo hayan existido hombres enteramente virtuosos. Es verdad, y yo lo confieso de buena fe, que entre los gentiles se practicaron muchas virtudes morales, y aquellos que se distinguieron de un modo particular en el ejercicio de algunas, se hicieron acreedores á los elogios que se les han tributado. Porque esto era cuanto se podia esperar de unos hombres nacidos y criados en una religion llena de supersticiones, que abria la puerta á los vicios mas abominables, y aun pretendia santificarlos consagrando honores de divinidad á un Marte vengativo, á un Baco ébrio, á un Júpiter adúltero, á una Venus lasciva, y á otras personas criminales que existieron realmente, ó fueron fingidas.

Pero ¿qué errores, qué falsedades, qué aprobaciones del vicio se encontraron en la doctrina del evangelio? Toda ella por todas partes respira santidad: contiene leyes admirables de humil.

dad en la exaltacion: de paciencia en las adversidades: de castidad en las tentaciones de la carne: de misericordia con los infelices: de beneficencia con los necesitados: de generosidad en perdonar las injurias: de gratitud por los beneficios: de obediencia á los padres y superiores: de amor á todos los prójimos, aunque sean los enemigos mas fieros y mas rabiosos: y en fin, de un culto puro y santo, y de un amor reverente y filial para con Dios, que es infinitamente amable en sí mismo, por ser infinitamente bondadoso: y que es infinitamente amable para con nosotros; pues de él hemos recibido la existencia, quanto somos, y quanto tenemos. Pero ¿para qué me canso en discurrir, si los mismos filósofos incrédulos, enemigos encarnizados del cristianismo, se ven obligados á confesar la santidad de esta doctrina? He aquí las palabras de Rousseau, el mas autorizado entre ellos: "Os confieso que la magestad de las escrituras me pasma: la santidad del evangelio habla á mi corazon. Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los hallareis pequeño; comparados con

este." La misma santidad de la doctrina evangélica, es otra prueba incontestable de la santidad, de la divinidad de su autor, y de la virtud de su religion. Para emitir discursos, te referiré las otras palabras del citado filósofo de Ginebra, que prueban bastantemente mi asunto por su mucha solidez, y por haber salido de la boca de un contrario tan declarado del cristianismo. Dice pues á continuacion.

„¿Es posible que un libro tan sublime en todo, y tan claro, sea obra de los hombres? (habla del evangelio) ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia, sea un puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¿Qué suavidad! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué gracia tan escitante en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué magestad de espíritu! ¡qué delicadeza, y qué justicia en sus respuestas! ¡qué dominio sobre sus pasiones! ¿Donde está el hombre? ¿Donde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto de

todo el oprobio del crimen, y digno de todos los premios de la virtud, dibuja rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan propia, que todos los padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué ceguedad no es menester para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno á otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona: y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento había sido un sofista. Se dice, que inventó la moral: otros la habían practicado mucho ántes; no hizo otra cosa que decir lo que ellos habían hecho, ni mas que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates dijese qué era justicia. Leonides había muerto por su país, antes que Sócrates hubiese hecho el amor de la patria una obligacion. Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad, y antes que hubiese definido la virtud, abundaba en hombres virtuosos la Grecia: pero Jesus ¿donde ha-

bia tomado entre los suyos esta moral pura y sublime, de la que él solo fué el maestro y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se escuchó la mas alta sabiduría, y la nobleza de las mas heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, fué la mas dulce que pudo desearse: la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta. Jesus, enmedio de un suplicio espantoso, ruega por sus verdugos crueles. Á la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Dirémos que la historia del evangelio es inventada por el gusto? Á fe que no es esta obra de la invencion: y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos testificados que los de Jesucristo: y decir lo contrario, es huir la dificultad sin destruirla. Es mucho mas difícil entender que muchos hombres de acuer-

do hubiesen formado este libro, que el que uno solo hubiera dado la materia para su composicion. Nunca los autores judios hubieran encontrado este estilo ni este moral, y el evangelio tiene unos caractéres tan grandes de la verdad, tan en el todo inimitables, y tan admirables, que el inventor de él sería mas digno de admiracion que su héroe."

Ve aquí como hasta este incrédulo obtinado cuando reflexiona desapasionada y sériamente sobre la magestad, sublimidad, y santidad del evangelio, no quiere que se tenga por obra de los hombres. Y cuando fija los ojos sobre la suavidad y pureza de las costumbres de Jesucristo, la elevacion en sus máximas, la profunda sabiduría en sus discursos, la magestad de su espíritu, y la justicia en sus respuestas, da bien claro á entender, que este conjunto de prendas tan recomendables constituyen á Jesus mas que puro hombre; y atendiendo á las circunstancias de su vida y de su muerte, confiesa terminantemente que son de un Dios.

Quisiera yo que los filósofos incrédulos discípulos de Juan Jacobo Rousseau, que lo veneran como á un oráculo, y que tanto

se jactan de ser defensores de la razon, advirtieran atentamente lo que dice su maestro en este pasage, y las razones que alega para decirlo: razones que por su peso cayeron de su pluma en el papel, y que arrancó de su boca la fuerza de la verdad; pero no quisiera yo que lo imitaran en sus inconsecuencias; pues cuando advierte la incomprendibilidad de los misterios del evangelio, ya no admite este libro como divino, y ya no reconoce por Dios á Jesucristo.

Finalmente, es mas difícil conquistar los corazones para formar una monarquía espiritual sobre las ruinas de los vicios y de las pasiones, que tanto dominan el espíritu de los hombres, que conquistar un reino temporal. Y si para la conquista de éste se levantan tantos ejércitos, y se hacen tantos preparativos de armas y de municiones, véamos cuales fueron los ejércitos, y cuales las armas con que se fundó el imperio espiritual de Jesucristo en todo el universo.

Ya te he dicho lo que es constante, que fueron doce pobres pescadores del lago de

Tiberiada. Conque solamente me resta hablar de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las virtudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad: porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creian y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

CONVERSACION QUINTA.

Vic. **E**sta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las mas crueles, escitadas con edictos sanguinarios por los emperadores romanos Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Valeriano, Aureliano y Dioclesiano. Los gobernadores de las provincias añadian crueldades esquisitas al rigor de las leyes imperiales. En toda la vasta estension del imperio, un populacho supersticioso y feroz pedia á gritos la sangre de los cristianos, y sus tormentos entraban en parte de los espectáculos y juegos públicos. Aun conviniendo en que se haya exagerado el número de los mártires en algunas historias particulares; limitémonos á los documentos originales, á los escritos de los contempo-